**Intervención.** Fue el fin de una etapa rica, abierta que había hecho crecer la universidad pública en pluralismo y excelencia académica.

**1966.** Después del golpe que derrocó a Illia, la dictadura de Onganía avanzó contra la universidad pública y provocó una irreparable fuga de cerebros.

# Cuando la ciencia se detuvo a bastonazos

OSVALDO AGUIRRE

Un aniversario es un buen motivo para reinstalar las cuestiones pendientes del pasado. Los 50 años de la Noche de los Bastones Largos ocurrida el 29 de julio de 1966 serán así el eje de unas jornadas abiertas al público en general que se realizarán el 28 y 29 de julio en el Colegio Nacional de Buenos Aires, organizadas por el programa de Historia y Memoria de la UBA y el Programa de Historia de la Facultad de Ciencias Exactas. "Como todo hecho histórico, está abierto a la discusión. Queremos reconstruir una perspectiva diversa y plural", dice Pablo Buchbinder, integrante del Programa de Historia y Memoria y autor de *Historia de las universidades argentinas* (2005). "Todavía tenemos mucho que aprender de aquellos episodios", agrega Diego Hurtado, historiador de la ciencia y autor de *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso 1930-2000* (2011). La Noche de los Bastones Largos fue básicamente el desalojo violento por parte de la Dirección General de Orden Urbano de la Policía Federal Argentina de cinco facultades de la UBA, ocupadas por estudiantes, profesores y graduados, en oposición a la decisión del gobierno militar de intervenir las universidades y anular su régimen de gobierno.

**–¿Qué marca como hito la intervención de 1966?**

**Pablo Buchbinder:** –La intervención significó el fin de una etapa muy rica, abierta sobre todo a partir de la aplicación del nuevo estatuto universitario, entre 1957 y 1958. En un contexto de amplio pluralismo dentro de la universidad, se habían alcanzado niveles de excelencia en algunas áreas. Fue un proceso de vigencia de las instituciones de la autonomía universitaria con un espíritu renovador que tuvo su símbolo en la Facultad de Ciencias Exactas y en algunas carreras como Psicología y Sociología. Risieri Frondizi, el rector, tenía una perspectiva clara acerca de la necesidad de modificar no sólo la orientación general de la universidad sino también las características de sus prácticas cotidianas, y fue una figura central, como Rolando García, el decano de Exactas, y en alguna medida también José Luis Romero, interventor en 1955 y después decano de Filosofía y Letras. Todos comparten la idea de modificar el modelo basado en profesores que no son investigadores y en las clases magistrales, y piensan que la universidad debe tener un papel central en la creación del conocimiento científico. También se preocuparon por la difusión pública de los resultados de la labor universitaria, y así se entiende por ejemplo la creación de Eudeba y los programas de extensión universitaria.

**–La intervención pareció ensañarse con Ciencias Exactas.**

**Diego Hurtado:** –El episodio se desencadena por el decreto 16.912, por el cual todos los decanos y rectores se transforman en interventores. En ese momento hay ocho universidades públicas y cinco rectores rechazan el decreto, entre ellos Hilario Fernández Long, en la UBA. Hay asambleas en algunas facultades y entonces se envía a la policía en represalia. En Arquitectura y Filosofía y Letras la represión también fue bastante cruenta pero donde está más reconocida es en Ciencias Exactas, por las renuncias de profesores y por el daño que se hizo. Onganía trató de conseguir apoyo en la Iglesia, pero no lo logró, y hubo mucha repercusión en

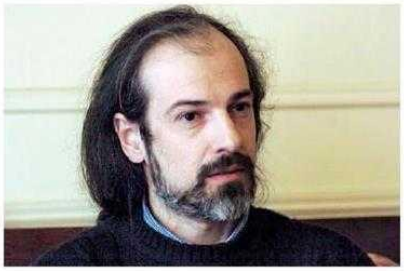
ULLUM EXER SI. RO ODIT WIS AD TETUER SENISI.

BASICO

**PABLO BUCHBINDER**
HISTORIADOR

**Doctor y licenciado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesor asociado regular de Historia Social Moderna y Contemporánea de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Investigador independiente del CONICET.**

ULLUM EXER SI. RO ODIT WIS AD TETUER SENISI.



BASICO

**DIEGO HURTADO**
FISICO

**Doctor en Física por la UBA. Profesor titular de Historia de la Ciencia y director del Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y la Técnica José Babini en la Universidad Nacional de San Martín. Es profesor en posgrados de las universidades nacionales de Río Negro y Córdoba y en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación.**

diarios norteamericanos, como el *New York Times* y el *Washington Post*, que no aceptan la metodología de la intervención. El gobierno mantiene cerradas las universidades públicas hasta el 15 de agosto y en ese lapso hay episodios de represión con estudiantes detenidos.

**P. B.:** –El plan de Onganía era en principio terminar con la universidad como problema político. En el contexto de la Guerra Fría, el entrenamiento en academias estadounidenses y la doctrina de la seguridad nacional, los militares vieron en la universidad un factor de perturbación que había que neutralizar, controlar, reprimir. En comparación, el contexto brasileño plantea diferencias interesantes. En Brasil, el golpe de 1964 se tradujo también en una intervención universitaria, pero a partir de finales de los 60 el gobierno modificó muchas de las variables de su política universitaria, porque los militares brasileños entendían que no era posible hacer una potencia del país sin otorgar cierta autonomía y sin invertir recursos importantes en el sistema.

**–¿Cuál fue el efecto de la renuncia masiva de profesores?**

**P. B.:** –El problema no es tanto el número sino quiénes se fueron. El peso que tienen dentro de ese exilio aquellos grupos más vinculados con la investigación es fundamental. La pérdida tiene que ver con ese carácter, esa condición de figuras centrales para resolver uno de los principales déficits del sistema universitario, que tradicionalmente se orientó hacia la formación de profesionales liberales y dejó de lado la práctica científica.

**D. H.:** –La migración de científicos empezó a ocurrir desde el mismo momento en que hay una comunidad científica nacional, en 1930. Había un goteo permanente de científicos muy valiosos. A Luis Federico Leloir, por ejemplo, le hacen una oferta para irse a Harvard en 1956 y lo atajan Bernardo Houssay y Eduardo Braun Menéndez. Pero la Noche de los Bastones Largos significa un salto cuantitativo en esa tendencia de migración. El destino sudamericano del que habla Borges en el poema sobre Laprida se ve en la ciencia: ¿qué hubiera pasado si hubiera continuado la línea de desarrollo de lanzadores satelitales, si Fate Electrónica no hubiera abortado en 1976 la venta de calculadoras que ya competían exitosamente con Olivetti, si hubiera continuado creciendo aquel semillero de investigadores?

**–¿Qué enseña hoy la Noche de los Bastones Largos?**

**P. B.:** –Lo que queda es la intención de impulsar una universidad de vanguardia en el desarrollo científico y cultural. Ese valor de la ciencia hoy está presente pero debería estarlo mucho más. Nuestra universidad todavía no le da a la ciencia el papel que requiere.

**D. H.:** –En términos de ciencia y tecnología la Noche de los Bastones Largos enseña el problema de la discontinuidad institucional. Uno puede formar miles de ingenieros por año, pero el conocimiento que produce riqueza social, acumulación de *know how*, capacidades organizacionales para ganar autonomía en la incorporación de tecnología a la estructura productiva, requiere de condiciones muy especiales. La Noche de los Bastones Largos es un ejemplo casi de laboratorio, porque apunta al lugar donde se desarrollaba la mejor ciencia argentina. Las instituciones, como espacios que construyen las sociedades para acumular riqueza en forma de conocimiento, y las políticas públicas deberían estar por encima de la línea de flotación política. No estoy seguro de que esa lección se haya aprendido.